

VIII

¿UNA NACIÓN ÍBERO, LATINO O INDOAMERICANA?

JOAQUÍN EDWARDS BELLO Y *EL NACIONALISMO*

CONTINENTAL

¿UNA NACIÓN ÍBERO, LATINO O INDOAMERICANA? JOAQUÍN EDWARDS BELLO Y *EL NACIONALISMO CONTINENTAL**

Fabio Moraga Valle
CELA-UNAM

UN OLIGARCA INÚTIL

Joaquín Edwards Bello nació en Valparaíso en 1887, en el seno de una influyente familia oligárquica, dueña de minas, bancos, editoriales y periódicos¹. Sus padres fueron Joaquín Edwards Garriga (cofundador del Banco Edwards) y Ana Luisa Bello Rozas (nieta de Andrés Bello). En este clan se sumaban, entonces, dos tradiciones decimonónicas distintas: la minera y comercial de la oligarquía plutocrática, y la científica y republicana de la elite intelectual y moderna. Lo anterior se reforzó en las instituciones donde recibió sus primeras letras. Estudió en dos colegios de elite, el privado Mackay, de fuerte prosapia inglesa, y en el público Liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso. Desde pequeño, la familia lo orientó a la carrera diplomática, por lo que lo envió a Europa en 1904 para que completara su educación. Sin embargo, Joaquín no estuvo dispuesto a seguir una formación convencional.

Fue, junto a otros personajes del mismo origen y época, como Vicente Huidobro, un rebelde y un tráfuga de su clase. Sus obras constituyen una mirada aguda sobre las costumbres de las familias aristocráticas como la suya, pero también de su país y su cultura. El lanzamiento de su pri-

* Para la realización de este artículo se contó con el apoyo del proyecto Fondecyt 11070063, del cual el autor es investigador principal. Agradezco la colaboración de Catalina Moya en la pesquisa del material complementario.

¹ Un historiador económico ha destacado a este clan con las siguientes palabras: "...ninguna relación de historia económica chilena del periodo (segunda mitad del XIX) podría ignorar el caso de la familia Edwards, cuyos miembros obtuvieron en el tiempo los más altos grados de influencia política, económica y social del país". Cavieres, *Comercio chileno*, p. 154.

mera novela, *El inútil* (1910), desató furibundas y exageradas reacciones en su clase de origen, refractaria a cualquier crítica, sobre todo viniendo de uno de los suyos, lo que lo obligó a emigrar temporalmente a Brasil.

De regreso a Chile se estableció en la ciudad de Santiago. Allí, Joaquín desoyó el brillante e influyente futuro que le deparaba, si seguía los derroteros familiares, y desarrolló una zigzagueante carrera como cronista y escritor. Desde 1918 y por un lapso de cuarenta años escribió en el diario *La Nación*². En sus crónicas alternaba temas con un lenguaje simple y directo, irónico y crítico. Su motivo literario dilecto fue su ciudad natal a la cual dedicó *Valparaíso, la ciudad del viento* (1931) y un sinfín de crónicas, artículos y escritos varios; años después reconoció esta obsesión como un lugar del que nunca pudo salir³. Sus escritores favoritos fueron Guy de Maupassant, Emile Zola, Stendhal, Eça de Queirós. Rebelde, iconoclasta, malidicente, francotirador, fue un “maldito” a su manera. En su autoexilio en Brasil, se transformó en un jugador y apostador empedernido, en Chile fue asiduo visitante del hipódromo Chile; degustador de la cocina y las costumbres populares, solía frecuentar el mercado central y los prostíbulos de los barrios bajos de Santiago, en busca del “vientre de la ciudad”, para saborear “sus jugos”, no sabemos si todos⁴. Esto lo llevó a transformarse en un marginal y en un pariente negado y “olvidado” por su familia, tanto, que su propio sobrino nieto, Jorge Edwards, nunca pudo conocerlo y tuvo problemas para escribir la biografía de su mítico tío, ese que lo había designado como el “inútil de la familia”⁵.

Pero el rechazo y la negación de su clan originario lo transformó en una leyenda. Su trabajo, su existencia rebelde y solitaria —reticente al *establishment* literario— no le restaron admiradores; por el contrario, fue el único intelectual chileno que recibió dos premios nacionales: el Premio Nacional de Literatura (1943) y el Premio Nacional de Periodismo (1959). Además, en 1944, fue designado miembro de la Academia Chi-

² Tal vez por admiración, tal vez por agradecimiento, en 1934 Joaquín Edwards Bello publicó un libro titulado *Don Eliodoro Yáñez, “La Nación” y otros ensayos: los hombres novelables*, en el mismo sello editorial en que saliera *El nacionalismo continental*. El texto estaba dedicado al dueño de *La Nación*, político liberal, congresista y dueño de uno de los principales medios del país.

³ Cerda, “Valparaíso a la vista,” p. 9.

⁴ Los asertos corresponden a su amigo, el escritor peruano y militante del APRA, véase Sánchez, *Visto y vivido*, pp. 24 y 25.

⁵ Edwards Bello, *El inútil*.

lena de la Lengua. Víctima de una hemiplejía, producto de un ataque al corazón, por su afición al turfismo, estuvo postrado sus últimos años. Se suicidó el 19 de febrero de 1968 con el revólver Colt que le regaló su padre antes de morir. Se había casado con Ángela Dupuy Alarcón, con quien tuvo dos hijos.

UN "NACIONALISMO" Y DOS LECTURAS: GABRIELA MISTRAL Y HAYA DE LA TORRE

El nacionalismo continental, texto que analizamos, está compuesto por una serie de crónicas independientes que fueron escritas a lo largo de unos diez años. Una primera versión fue publicada en Madrid en 1926; ésta incluía un mensaje de Víctor Raúl Haya de la Torre, de mayo de ese año, hecho a través de la revista *Repertorio Americano* de Costa Rica. Dos nuevas ediciones ampliadas, a las que, además, se le sumó un prólogo de Gabriela Mistral, aparecieron en Santiago en 1935, bajo el sello de la Editorial Ercilla. Para este estudio hemos tenido a la mano esta última. Si el anterior libro de Edwards Bello (*Don Eliodoro Yáñez, "La Nación" y otros ensayos* (1934)) había sido publicado por un interés comercial, esta nueva edición tenía, al menos para algunos miembros de la editorial, un significado político. Desde hacía algunos años, Ercilla había sido la editorial donde se habían refugiado peruanos exiliados, primero del gobierno de Augusto Leguía (1919-1930) y luego de la dictadura de Sánchez Cerro, militantes del APRA de la talla de la poetisa Magda Portal, y los escritores Serafín del Mar, Ciro Alegría y Luis Alberto Sánchez. Este último, intelectual de larga trayectoria en esa organización política y muy cercano al líder por antonomasia, Haya de la Torre.

No son menores las palabras que el expresidente de la Federación de Estudiantes del Perú había dedicado a *El nacionalismo continental* y a su autor. Para ello, había elegido nada menos que las páginas de *Repertorio americano*, para sostener que:

Las líneas de su libro acusan un nuevo género de literatura, el género por el que estamos clamando los hombres de mi generación, cansados de ese verbalismo tan español y tan enervante que tiene invadida América Latina y que tanto contribuye al confucionismo que nos ahoga. El género de su literatura es económico, realista, y esto asegura que su libro no va a perderse en

las vaguedades retóricas de la gran mayoría de los hombres que en nuestros países quieren resolver sus problemas fundamentales con palabrería, con charlatanería de andaluces, más o menos agradables⁶.

Haya creía ver en el libro de marras un intento por romper con la “literatura sentimental”, en la que se inscribía la otra gran obra de un latinoamericanismo anterior: el *Ariel* de Rodó. Este intento trataba de ver al “imperialismo yanqui” como un mero hecho económico, al cual era preciso estudiar para defenderse de él y así, “dar el grito de alerta a nuestros pueblos adormecidos”. Político ante todo, Haya continuaba su carta definiendo su programa:

Naturalmente que sigo trabajando... sin descanso por que nuestros pueblos vean claro que el único camino para defenderse del imperialismo, es unirse, organizarse y disciplinarse en un gran Frente Único que arrebatte el poder político a las clases gobernantes que nos están vendiendo, y renueve la vida política latinoamericana, confederando los veinte pueblos dispersos y reorganizando su economía bajo el contralor de las clases productoras⁷.

Esta era labor de “todos los trabajadores manuales e intelectuales jóvenes de América Latina”, para lo cual había que constituir en cada país una “sección militante” de un gran frente único. Para Haya, los escritores e intelectuales estaban llamados a terminar con la vieja literatura que clamaba por “razas”, “culturas”, “espíritus”, en abierta referencia a Rodó y Ugarte; a ese abandono había contribuido José Ingenieros que había seguido el llamamiento de la “nueva generación”, por una literatura “de hechos, realista, económica”. Ese era, para el peruano, el “clamor de las vanguardias antiimperialistas de la nueva generación latinoamericana”.

En su prólogo, la poetisa Gabriela Mistral, ya ampliamente conocida por la intelectualidad continental de la época y partícipe de los enormes esfuerzos por ampliar el campo del conocimiento y la cultura de las masas desposeídas, partía destacando la “chilenidad” de Joaquín Edwards Bello. La propagandista de las misiones culturales del México posrevolucionario, destacaba la “herencia racial” que hacía del autor de *El nacionalismo continental*, uno de los pocos:

⁶ Edwards Bello, “Mensaje de Haya de la Torre,” pp. 17-18.

⁷ Edwards Bello, “Mensaje de Haya de la Torre,” p. 20.

aquéllas, [que] son a la vez una especie de hijos y ahijados de su país; han recibido de él la perfecta semejanza física más cierto soplo iniciático de su secreto racial, el silbo mágico de la serpiente en la oreja de Apolo, por el cual la tierra (la serpiente) traspasaba su secreto. Los demás parecemos gentes informales del negocio racial; ellos son la gestión racial misma⁸.

Mistral definía el libro de Edwards Bello como “un cuajarón de nuestra sangre”, que se manifestaba “a veces trágica, en las revoluciones, a veces idílica”; sería, para la poetisa “autoexiliada” en el servicio diplomático, una especie de regreso a las raíces a través de una imagen borrosa, un olor evocado, una visión pasajera de las realidades perdidas.

El discurso mistraliano era, en sus propias palabras, “racista”, es decir, a partir de una clasificación de las razas (“mongola”, “indiana”, “europea”) y, en menor medida, de su origen de clase, establecía características de personalidad de los sujetos. El suyo es un determinismo racial, veamos qué dice respecto de Edwards y su origen europeo, pero su existencia chileno-americana:

Creen algunos racistas que nos están brotando, que basta llamarse Pérez o González, para ser un americano y saberse bien y decir cabalmente los aires los limos y la criatura criolla. Este americano les contestaría irónicamente con su “Edwards” y les presentaría un hecho sutil que entra en el misterio de las razas. Yo me tengo aprendido que el mongolismo o la indignidad nuestra, a menor dosis, más fuerte⁹.

Ese determinismo racial hacía que el indígena, “con un ochenta por ciento de Asia en el cuerpo”, viviera “desesperado de ser lo que es y decidido a re-crearse español”. El “cuasi blanco”, vivía menos preocupado de esa “ecuación”; en cambio, el blanco americano:

que participa de la americanidad solamente en paisaje y costumbres ¡y basta, y basta! Ese suele hacer un bello alarde de solidaridad racial y libre del complejo y los complejos sabidos; declara a pecho abierto que es hombre de allá, criatura americana¹⁰.

⁸ Mistral, “Prólogo,” p. 10.

⁹ Mistral, “Prólogo,” pp. 10-11.

¹⁰ Mistral, “Prólogo,” p. 11.

Así, existían otros blancos americanos “envalentonados de la tenazón clara del brazo”. Este Edwards pertenecía a aquellos, continuaba la poetisa-diplomática, describiendo el carácter del escritor que, como ella, en su juventud se había enfrentado al *stablishment* cultural de su país, destacando sus cualidades literarias, sus veinte años de periodismo “entre novela y novela”, entre sus obras, la más reciente: *Valparaíso ciudad del viento*, y entre las primeras, *El roto*.

Mistral rescataba también el patriotismo “de viejo hidalgo pulcro y sin experiencia de vendavales” del escritor chileno, que “ha vivido sin bajar al sótano ni subir al desván [de las clases sociales] donde hay inmundicias amontonadas o cachivaches en putrefacción”. Un patriotismo que se enfrentaba con su “solar”, pero que en el continente y en Sudamérica se ampliaba:

El continentalismo ha tenido en Edwards Bello uno de los mejores propagandistas, y la consciencia chilena, en este sentido de la formación de nuestra sudamericanidad, le debe mucho. Más de lo que él se cree es deudor a su periodismo grande, nuestro país¹¹.

Finalmente, la escritora extrañaba que el polémico Edwards no se hubiera instalado mejor en el medio intelectual, pues estaba a la altura de Alfonso Reyes, Víctor Belaúnde o Gonzalo Zaldumbide y, como ellos, hubiese sido embajador chileno en cualquier capital de habla española. Pero el país, un poco atrasado por su “vejedorismo” político y administrativo, ocupado en salir de su pasado colonial, había despreciado hasta el momento sus credenciales.

¿Respondería Joaquín Edwards Bello ante la invitación de Haya? ¿Eran sus intenciones las que leía el exlíder estudiantil, en los breves trozos que de *El nacionalismo continental* había leído en *Repertorio Americano*? ¿Era el chileno el ferviente trabajador intelectual que Haya buscaba: un indioamericano capaz de seguirlo en un proyecto político antiimperialista? ¿O, más bien, respondía a esa imagen tan especial de chilenidad continental que Gabriela Mistral destacaba? Veremos estas interrogantes en la citada obra del “inútil”.

¹¹ Mistral, “Prólogo,” p. 14.

EL NACIONALISMO CONTINENTAL: ¿QUÉ ES (REALMENTE) AMÉRICA...?

El texto de Edwards Bello está dividido formalmente en tres partes, con un total de quince ensayos que se pueden leer independientemente. La primera, que consta de tres escritos, está dedicada a ubicar a Chile y al continente en relación con Europa y el mundo. La segunda, con cinco textos, trata sobre la formación de la “continentalidad” cultural latinoamericana. La última parte está dedicada a Chile y en ella diseña tímidamente un proyecto político latino o indoamericanista, con una propuesta muy distinta a la de la estructura política chilena.

Respondiendo a su naturaleza polémica y a su mirada distinta, Edwards comenzaba sosteniendo que el arte latinoamericano era calco del europeo¹²; y en ello era lapidario:

Nuestra América ha tenido invariablemente la actitud de sometimiento ciego y servil a todo lo europeo. Esperamos los artículos manufacturados, las leyes, las modas, las gentes, con interés patológico. En esta condición de espejo hemos vivido, perdiendo la personalidad y la iniciativa¹³.

Esto ocurría no sólo en Chile, sino en todo el continente en el que ya no existían novelas como *María*, de Isaacs, o *Canaán*, de Graça Aranha, reflejo de la nación en la que se habían escrito. Lo descrito por Edwards se experimentaba a todo nivel. El arte imitativo que se cultivaba en el presente hacía que los europeos despreciaran a los latinoamericanos. Para nuestro escritor, la muerte de la gran república bolivariana había disminuido la potencia de las excolonias españolas:

¹² Probablemente, Edwards ocupaba esta metáfora siguiendo un camino ya trazado por Mariategui, quien en 1928 escribió las siguientes palabras: “no queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva”. Mariategui, “Aniversario y Balance,” pp. 260-262. Según Luis Alberto Sánchez, amigo de Mariategui y visitante de la tertulia de la revista *Amauta*, “Joaquín pertenecía a ese grupo de chilenos que consideraba un disparate el alejamiento entre su país y el mío”, producto de la Guerra del Pacífico (1879-1883). Sánchez, *Visto y vivido*, p. 24.

¹³ Edwards Bello, “Qué piensan de nosotros,” pp. 25-26.

Por eso pensamos que el desmembramiento de América, de la República de Bolívar en repúblicas débiles, ha sido a la vez un golpe asestado a nuestras fuerzas individuales. En la industria y en la ciencia el hecho es manifiesto; en el arte parece más misterioso, pero nos inclinamos ante la realidad de esta pobreza general de mentalidades y la incompetencia colectiva de las naciones despobladas e históricamente pequeñas¹⁴.

Pero esta idea no era original de Edwards, sino de su ínclito ascendiente: Andrés Bello. El intelectual de origen venezolano había desarrollado la parte fundamentalmente científica de su obra, relacionada con el estudio de la gramática y la filología. En sus trabajos, había establecido un paralelo entre la caída del Imperio romano y la dispersión del latín en un sinnúmero de lenguas romances y dialectos locales, y el fin del Imperio español con las guerras de independencia. Ello planteaba la posibilidad de que en las nuevas naciones el idioma español evolucionara diferenciándose, tal como el latín en la Edad Media europea, y desembocara en que las nóveles naciones se desvincularan profundamente de sus raíces hispanas, perdiendo de esta manera la potencia cultural de sus orígenes¹⁵.

Partiendo de esta premisa, el escritor desarrollaba la base de lo que sería después su propuesta continental. La guerra de Secesión en los Estados Unidos había unido a esa nación y producido hombres de la talla de Edison, Ford, Rockefeller o Whitman. En la actualidad y en la América hispana, el propio Rubén Darío, como Bolívar en la Independencia, se hizo grande cuando vio, experimentó y asimiló una cultura continental:

Bolívar es célebre por cuanto tuvo una tarea excepcional y un escenario grandioso para demostrar su genio. Nació en el mayor momento de nuestra América; después el escenario se dividió en pistas sin importancia, perdiendo el continente su grandeza. Nuestra América fue interesante cuando representó un valor histórico universal, eso fue durante la Conquista, la Colonia y la Independencia, épocas de trascendental importancia¹⁶.

Edwards Bello revelaba el trasfondo de su pensamiento histórico y político que, pese a su pose antiacademicista y antioligárquica, resulta an-

¹⁴ Edwards Bello, "Qué piensan de nosotros," p. 28.

¹⁵ Véase: Moraga Valle, *Ciencia, Historia*, pp. 184-195; Cfr. Jaksic, *Andrés Bello*.

¹⁶ Edwards Bello, "Qué piensan de nosotros," p. 29.

timodernista y conservador. Para el mundo conservador, tanto histórico como político, la grandeza de una nación o un pueblo está en el pasado (“cuando representó un valor histórico universal”), por ello, la única posibilidad para el presente y el futuro son la decadencia de esa grandeza pretérita. Ello lo hemos visto en otro historiador nacionalista y conservador como su pariente Alberto Edwards Vives, uno de los intelectuales de derecha más influyente en Chile durante gran parte del siglo xx¹⁷. Pero su principal sustento, y el más vistoso, era ese planteamiento de Andrés Bello que reaccionaba frente al peligro de la dispersión lingüística y cultural de las naciones hispanoamericanas.

De todos modos, el balance de nuestro escritor no descansaba solamente en el plano político y cultural, pues introducía un matiz novedoso en su análisis, el económico: “En realidad, América no es el vergel insólito, el Edén, sino una nueva Europa empequeñecida, o, mejor dicho, una despensa o hacienda de Europa”. El continente se caracterizaba por producir materias primas y porque muchas de éstas, especialmente los metales, regresarían a sus países de origen como manufacturas de alto valor comercial. Pero lo cultural tampoco estaba del todo ausente en su reflexión, pues señalaba indirectamente que incluso una obra de “un famoso escritor, orientador de juventudes americanas” (seguramente se refería al *Ariel* de Rodó, cuya idea fundamental proviene de Renán), no era nuevo para un versado traductor como Francis de Miomandre¹⁸.

¿Cuál era el camino entonces? Edwards destacaba la presencia de una “América inédita”, que no era más que un reducido grupo de escritores regionales que se abría como una flor: “que sorprendió al *viracocha* [el dios tutelar quechua] en el bosque virgen”. En el mundo moderno, cada vez más comunicado y mezclado culturalmente, se debía rescatar lo regional o local; el propio Darío, pese a su afrancesamiento, había sabido mostrar “una lujuriosa luminiscencia, una aroma de vergeles inconfundiblemente de América”. Sólo el “nacionalismo artístico” separaría las oscu-

¹⁷ Moraga Valle, “Alberto Edwards”. En sus escritos, Joaquín dejó al menos una referencia de su pariente: “Alberto Edwards, la imaginación y este gran pueblo en medio de todo”, *La Nación*, Santiago, Marzo de 1943. Tampoco ocultó su admiración por otro historiador nacionalista y conservador como Francisco Antonio Encina (colega y compañero político e intelectual de su pariente) y comentó su *Historia de Chile*, textos que incluso fueron publicados años después de su suicidio por periódicos afines a la dictadura militar; véase Edwards Bello, “Encina: historiador,” p. 4.

¹⁸ Edwards Bello, “Qué piensan de nosotros,” p. 30.

ridades que pesaban sobre la creación local, que imitaba simiescamente a la europea y haría que el arte continental no oliera a podrido en Europa.

Respecto del otro gran tema de debate en la cultura latinoamericana de la época: la relación de América Latina con Estados Unidos, un segundo ensayo de *El nacionalismo continental* entraba directamente en el tema de las posturas del “arielismo”, planteando que lo explicaba simplemente como una “fatalidad”, producto de la fuerza de expansión de otras naciones más grandes:

No creo que nosotros, chilenos, seamos ni menos buenos que los norteamericanos ni menos eficientes; lo que hay es que actuamos dentro de escenarios fatalmente empequeñecedores; ellos están formando parte del organismo que devora y nosotros del organismo devorado¹⁹.

Sin embargo, ésta era una nueva “fatalidad” distinta al arielismo, que condenaba a América Latina a sólo ser parte de la cultura universal en el plano ideal y espiritual, y no en el pragmático y material, como la cultura norteamericana. Y aquí Edwards revelaba el segundo aspecto conservador de su pensamiento: un patriotismo basado en cierto espíritu religioso:

Los países exigüos y pobres carecen de espíritu religioso y patriotismo, por cuanto el patriotismo y la religiosidad se confunden y quieren decir agradecimiento. Amar a la tierra que nos vio nacer, hasta el delirio, es el primer paso para amar a Dios²⁰.

La grandeza de una nación influía en el temperamento de sus individuos, pero Edwards no creía en el individualismo como propuesta ni como sentido primero y último de una sociedad: “es preciso ser demasiado ingenuos para creer así”, sostenía, sino en el colectivismo. Esto último tendría importantes consecuencias en su pensamiento político que veremos más adelante.

Donde puede resultar polémico el escritor chileno es en sus planteamientos sobre la visión tradicional que tenemos de Estados Unidos:

¹⁹ Edwards Bello, “¿Es el norteamericano superior,” p. 33.

²⁰ Edwards Bello, “¿Es el norteamericano superior,” p. 33.

El norteamericano del tipo medio tiene una cultura media igual a la de cualquier chileno, pero lleva en sí el concepto de la fuerza colectiva y de los inmensos resultados que con su esfuerzo puede alcanzar. No es grande Edison, sino Norte América; no es grande Ford, sino Norte América. Claro que ellos, al engrandecerse, se convirtieron en tipos representativos, o arquetipos, pero es casi seguro que, con el mismo temperamento, el mismo esfuerzo y el mismo talento, no hubieran salido de la mediocridad en cualquiera de las dieciocho repúblicas iberoamericanas²¹.

El momento fundacional de la grandeza norteamericana había sido su guerra civil (de Secesión), que combinaba la enorme dimensión territorial, la riqueza y la libertad absoluta respecto al resto del mundo, con base en la libertad económica. De la misma manera que el Imperio romano, el norteamericano era un gran “sistema de incorporación” y en ello citaba los planteamientos de Ortega y Gasset, Mommsen y Larra. Esta “incorporación” se había extendido a los territorios mexicanos y españoles, a la división de Colombia para construir el canal de Panamá y durante la “Gran Guerra”, había completado sus reservas monetarias haciéndose de la tercera parte del oro del mundo. Esa fuerza colectiva se expresaba incluso en las comunidades negras del país del norte: eran, en potencia y realización, muy superiores a los negros cubanos o de cualquier otro país latinoamericano:

Lo que cambia radicalmente el caso de Estados Unidos, respecto de nosotros, es su grandeza territorial, el inmenso mercado para sus industrias, el inmenso público para sus actividades, su capacidad monetaria y, por consiguiente, acaparadora. Los microbios sociales que en nuestros enclenques organismos producen enfermedades graves, son eliminados allá sin fiebre ni dolor²².

Edwards, polémico ante todo, incluso no dudaba en discutir los lugares comunes respecto a las diferencias religiosas entre el norte y el sur. Esto respecto al papel del puritanismo y su diferencia con la instalación del catolicismo en el sur del continente: no había mayor diferencia en probidad y laboriosidad entre los puritanos del *Mayflower* y los adláteres

²¹ Edwards Bello, “¿Es el norteamericano superior,” p. 34.

²² Edwards Bello, “¿Es el norteamericano superior,” p. 40.

de Las Casas. ¿Cuál era entonces la característica que los separaba? Ante esto planteaba su segunda tesis histórica: el fracaso de la guerra de Independencia:

La demagogia forzosa de los llamados héroes de y patriotas de 1810, corrompió profundamente a América. Al perder el control de la justicia, a la manera colonial, el pícaro, el vulgo macuco, domina al inteligente. En las naciones pequeñas desquiciadas y decadentes, la astucia reemplaza al talento. Una vez fracasado el movimiento, no quedaron sino dos repúblicas verdaderamente importantes: Brasil y Argentina²³.

Las otras naciones habían perdido paulatinamente las ventajas de que habían gozado durante la Colonia. Por ello, sus hombres no destacaban y sólo los independentistas, que habían realizado una obra de carácter universal, eran los conocidos por todos como Bolívar y Bello. Así, Chile, pese a tener hombres ilustres, no tenía un medio donde desarrollar sus talentos. Estados Unidos tenía mucha más violencia y delincuencia, pero había sabido dominarla. No faltaban en sus análisis juicios racistas:

El superpueblo devorador ha sabido educar a su manera a once millones de negros, sin mezclarlos con su sangre. Del flujo y reflujo de inmigrantes succiona lo mejor para su grandeza y rechaza los desperdicios²⁴.

La disciplina, la sumisión a las autoridades y a los hombres superiores, que eran los atributos del testamento de Washington, “cumplido a sangre y fuego por Lincoln; en cambio “Nuestra América” no había cumplido el de Bolívar, el único programa político que deberían seguir los estadistas.

El aislamiento, la separación de las repúblicas, la falta de unidad aduanera, la existencia de fronteras y de “murallas chinas de prejuicios” hacía que las dieciocho naciones latinoamericanas aportaran al mundo mucho verbo y nada de ciencia. Ello hacía que nuestro escritor se cuestionara la efectividad de la Independencia, hoy amenazada por la intromisión de Estados Unidos en la política y la economía de las débiles naciones latinoamericanas. Lo que alcanzaba a las *banana republics* también

²³ Edwards Bello, “¿Es el norteamericano superior,” p. 41.

²⁴ Edwards Bello, “¿Es el norteamericano superior,” p. 42.

afectaba a Chile, a través de la explotación de sus minerales, y no sólo era el imperialismo norteamericano, sino también el inglés, alemán o francés. Así, el discurso de Edwards Bello no sólo se pronuncia en contra del imperialismo, sino también en contra del capitalismo internacional:

El ferrocarril trasandino, el más caro del mundo, es inglés. Al subir a un tranvía, al hablar por teléfono, al tomar el desayuno, al comprar en una tienda y al dar la luz, el chileno contribuye a la vida admirable capitalista inglés que toma su té o juega su polo en las Islas Británicas; contribuye a pagar el turismo de un yanqui o la vida agradable de un francés²⁵.

De la misma manera, denunciaba que la propia burguesía chilena y latinoamericana había nacido sirviendo a la penetración comercial de los países capitalistas. Ello no sólo consistía en la explotación de frutas o la minería, o a pagar unos cuantos abogados para impedir el cobro de impuestos, también se extendía sobre la ganadería, las comunicaciones y los sistemas financieros. Los sólidos lazos familiares, vía matrimonios, entre miembros de la elite local y representantes de las casas comerciales extranjeras, que contribuían a solidificar estas uniones comerciales (recuérdese que él mismo era fruto de esos sólidos lazos), hacían imposible la denuncia del saqueo a que estaban siendo sometidas las riquezas del país. Con esta denuncia, Edwards Bello no sólo hacía un gesto político, también estaba dinamitando las bases de su propia familia de origen. Esto tendría enormes consecuencias para él en el plano personal.

La ingerencia imperialista no sólo se extendía en estos planos también abarcaba la política de las naciones, sus relaciones recíprocas: “Actualmente, los embajadores del norte de nuestras repúblicas, tienen poderes omnímodos, y podrían compararse con los cónsules romanos en Judea o en Trípoli, en la época del Imperio”. Ello se evidenciaba con el desparpajo que los presidentes del país del norte hablaban de sus relaciones con los países latinoamericanos.

²⁵ Edwards Bello, “América vasalla,” p. 41.

¿UNA AMÉRICA PENDIENTE? ¿UNA EUROPA EN DECADENCIA?

La segunda parte de *El nacionalismo continental* es más extensa. Consta de cinco ensayos que tratan alternativamente el tema latinoamericano y el chileno. Parte con la tesis de que en 1810 América Latina era más importante y respetada que en la actualidad. La potencia que habían tenido en el comienzo la habían dilapidado perdiendo territorio (México), posiciones estratégicas (el canal de Panamá) o “africanizándose” (Cuba y Venezuela). Para 1865, sólo Brasil, Argentina y Chile no eran un caos:

Solamente nuestros políticos profesionales, en las relaciones de pueblo a pueblo, son quienes ahondan las distancias artificiales o naturales que separan a los territorios de una y otra república. En cambio, la opinión europea, la norteamericana, o de cualquier otra región del globo, nos ha considerado siempre y muy cuerdamente como un todo, llamándonos en conjunto *Amerique Latine*, o *Latin America*²⁶.

Pese a que el nombre de América Latina era impuesto, Edwards lo considera en todo momento de su análisis como algo propio (no repara en el origen “imperialista” del concepto). Es más, sostiene que lo que separa a las naciones que la componen era las aduanas y el “fiasco” de las comunicaciones (en manos de capitales extranjeros), que hacían que hubiera más distancia entre Lima a Santiago o de Buenos Aires a Valparaíso que de éstas con Nueva York o Hamburgo. Lo único que salvaría a estas naciones de la gravedad que se encontraban era trazar un programa “mil veces mayor y más digno que el yanqui”. El hecho de que, en 1810, Valparaíso fuera más importante que San Francisco se debía a que no había aduanas entre aquél y Buenos Aires; cuando se impusieron, los papeles se invirtieron y el coloso del norte se alzó en su poderío. La grandeza del continente latinoamericano estaba entonces en el pasado colonial y no en el presente republicano. Ello se debía a los libertadores: “Bolívar, San Martín, O’Higgins, Carrera, nos dejaron territorios anarquizados por una guerra de exterminio, pero no una patria, no una sustancia humana susceptible de colaborar, que es la primera función de la cultura”²⁷.

²⁶ Edwards Bello, “1800-1834”, p. 53.

²⁷ Edwards Bello, “1800-1834”, p. 57.

Si el español había dominado al indígena, adoptándolo, el criollo había fomentado su odio sublevándolo contra el poder. Ese odio se había desatado contra ellos mismos una vez terminadas las guerras de independencia y después fue explotado por los ingleses para arrebatarles las riquezas. Pero ese odio no servía para construir una nación: “Su teoría de la libertad y su odio a España carecían de la originalidad indispensable para perpetuarse en hondura y grandeza”. Ello hizo que una mirada simplista destacara a Bolívar sobre Bello, pero Edwards sostenía que “el Libertador” no resistiría un análisis serio, mientras subrayaba el papel continental del humanista en el plano de la cultura:

Tenía más talento, a la larga, que Bolívar y, sin trazar epístolas fulgurantes, cimentó la unión en obras. La polémica con Sarmiento, en que él asumió el honroso papel de conservador de la lengua en su pureza nativa, revela de una vez su concepto religioso de la herencia de la *hispanidad*, gran palabra, única en tratándose de pueblos. Se dice *cristiandad* e *hispanidad*, pero no se dirá *anglicidad* ni *germanidad*²⁸.

De esa manera, sostenía Edwards, recordando el discurso del Quijote, en el nuevo continente no se habían podido juntar las armas y las letras, ello había hecho estériles los resultados de unas y otras. Sólo en la claridad y la fuerza de las letras estaba el futuro de América, sostenía, y agregaba que Mussolini, Hitler y Kemal Pachá eran redactores de sus respectivas patrias: “las letras son la arquitectura o almacén de las naciones”. Al respecto, revelaba la parte más polémica de su proyecto intelectual y político:

La cintura de leyes y de fortalezas contra los bucaneros y mercachifles extranjeros que extendió España alrededor, equivale a la cintura estéril de discursos y proyectos literarios contra el capital extranjero, que hacen los patriotas americanos de ahora, llámese apuristas, en Lima, o nacistas en Santiago²⁹.

²⁸ Edwards Bello, “1800-1834,” p. 59.

²⁹ Edwards Bello, “1800-1834,” p. 61. Los militantes del Partido Nacional Socialista chileno, comandado por Jorge González von Mareés, se llamaban a sí mismos, “nacistas”, con “c”, para recalcar el carácter nacional de su organización y diferenciarse de los nazis alemanes. Con ello buscaban construir, en el plano político, un nacionalismo chileno, y, en el económico, un “socialismo de Estado”.

Estamos llegando al meollo del planteamiento económico y político de Edwards. Para él, España había dado no sólo unidad política a sus colonias, era una “nación nodriza”, es decir, albergaba maternalmente a sus colonias. Para 1810, la mayor parte de los recursos naturales eran americanos, ahora estaban en manos de países imperialistas como Inglaterra o Estados Unidos. Al inicio de la Independencia había una sola moneda, el duro de Castilla, que incluso circulaba en el país del norte. Lo mismo ocurría en manifestaciones culturales como la arquitectura. Definitivamente, América Latina era grande cuanto más se acercara a España. Incluso sus grandes gobernadores eran caudillos autoritarios de cuño colonial como Rosas y Mitre. En la literatura sucedía lo mismo, los libros actuales eran algo “selváticos, perversos y sádicos”³⁰. Ello lo reforzaba rechazando el carácter de la Independencia, hecha a imagen y semejanza de la Revolución francesa. Los libertadores, por más loables que fueran sus intenciones, no habían sabido mantener la unidad como la había hecho Washington en el norte.

La diferencia entre el norte y el sur descansaba en un punto de vista antirodoniano: no muestra al *Ariel* como ese depositario de la espiritualidad de la cultura latinoamericana, en contra el “calibanismo” pragmático de la cultura anglosajona del país del norte. Más bien, muestra la irracionalidad de una cultura que eleva como prohombre al burócrata demagógico, que personificaba en el abogado, en contra del *pioneer* empresario y emprendedor³¹.

Respecto del tema más o menos común en el debate intelectual del la época, ese que planteaba que Chile era un país imperialista por extender sus fronteras a expensas de sus vecinos del norte, mediante la Guerra del Pacífico (1879-1883), Edwards polemizaba con el joven crítico literario Raúl Silva Castro, redactor de *El Mercurio* y con un pasado filoanarquista. Lo hacía porque éste se refería a Edwards como a una *rara avis*, poseedor de un imaginario continental, por ser descendiente de Andrés Bello. El aludido contestaba que sus ideas no habían caído en el vacío, pues habían influido en personajes como Paulino Alfonso y Carlos Vicuña Fuentes³².

³⁰ Edwards está comparando *Tradiciones*, de Ricardo Palma; *María*, de Isaacs; *Amalia*, de Mármol y *Durante la Reconquista*, de Blest Gana, con *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán y *La vorágine*, de José Eustacio Rivera. Edwards Bello, “1800-1834,” p. 66.

³¹ Edwards Bello, “Diferencia del norte y del sur,” pp. 73-77.

³² Paulino Alfonso era un viejo patriarca liberal que en la década de 1910 tenía muchos simpatizantes en las filas de los estudiantes liberales y radicales organizados en la

Él mismo no estaba lejos de ese sentimiento imperialista, lo reconocía, y sólo la “previsión” lo había hecho continentalista, en ese punto, daba el ejemplo trágico del Paraguay. Una guerra imperialista con Argentina por la Patagonia le había granjeado a aquél país, a pesar de su victoria, las antipatías del resto. Edwards agregaba:

El continentalismo, tal como lo veo, es, junto con el progreso industrial, un neo imperialismo; la unión aduanera y monetaria de la parte austral americana, que hemos venido propiciando desde 1920, contiene la fórmula mágica para atraer a nuestro radio de acción a aquellas provincias vinculadas a Chile en la época colonial, a saber: Tucumán, San Juan, San Luis, Mendoza y el territorio de Neuquén³³.

La diferencia, recalcaba nuestro escritor, era que este neoimperialismo sería fraternal y daría frutos tanto a la Argentina como a Chile, beneficiando a esas provincias aisladas y ahogadas económica, aduanal y geográficamente. Por ello, la fórmula sería la de un “imperialismo continental” que la América meridional lograría emulando el ejemplo del norte. Pero expresaba que sus planteamientos abrían dos situaciones contradictorias y a la vez peligrosas: por una parte, preveía la llegada de una nueva guerra mundial y por la otra, se valía de una frase de Spengler para fundamentar la necesidad de su propuesta de nacionalismo continental: “En el mundo —sostenía el filósofo alemán— despertó el hombre de presa”.

ESPAÑA, CHILE Y ¿AMÉRICA LATINA?

La tercera parte del libro Edwards la dedica fundamentalmente a dos temas: la herencia cultural española en Chile y América Latina, y a una interpretación histórica y cultural de los elementos que caracterizaban la cultura chilena.

Federación de Estudiantes de Chile. Carlos Vicuña Fuentes era uno de los seguidores de la positivista “religión de la humanidad”, quien en la década de 1920 escribió un célebre texto llamado “La libertad de opinar y la cuestión de Tacna y Arica”, en el que abogaba por devolver los territorios ganados en la guerra a sus antiguos dueños, por el cual fue expulsado de la Universidad de Chile. Véase Moraga Valle, “*Muchachos casi silvestres*,” pp. 329-334.

³³ Edwards Bello, “El imperialismo chileno,” p. 76.

En torno a lo primero, sostenía —a contrapelo de las interpretaciones tradicionales— que España había penetrado en América Latina primero con soldados y misioneros y luego con comerciantes, para constituir una obra civilizadora, cuya interpretación lo alejaba de la conocida “leyenda negra”. Por el contrario, el polémico escritor se hacía partícipe de la “leyenda blanca”, para lo cual recurría a comparar la intervención hispana con la anglosajona. Le costaba asumir el mito de la crueldad española basándose no sólo en su propia experiencia, sino también en la de otros intelectuales chilenos como la citada Gabriela Mistral, Augusto D’Halmar, Armando Donoso, Raúl Silva Castro, etc. Y seguía con sus punzantes interpretaciones al valorar la obra *Defensa de la hispanidad*, de Ramiro de Maeztu, un intelectual que, partiendo de una adscripción al socialismo de fines del siglo XIX, había devenido hacia el integrismo católico. El español incluso contradecía algunos de sus postulados como el concepto de raza, que rechazaba sustituyéndolo por el de “hispanidad”. Es necesario hacer notar que la primera edición de *Defensa de la hispanidad* había salido ese mismo año; al parecer nuestro escritor ya la había leído atentamente, pues el concepto de “hispanidad” se convirtió en el centro de su reflexión y también lo usó para reemplazar al de “raza”.

Para Edwards Bello la herencia cultural de la “madre patria” se reflejaba mejor en las tiendas españolas que, a diferencia de las casas comerciales británicas, eran un elemento de integración cultural, familiar y social y no sólo una empresa dedicada a las ganancias de la firma principal, establecida en la metrópoli del imperio. En cambio, los originarios de este continente les traspasábamos nuestro cruel e insumiso sensualismo sibarita, minando esa obra de integración social, haciendo de las tiendas españolas una elite económica. Esta misma herencia se manifestaba en otro plano, mucho más “cultural”, representado en el teatro español, presente en Chile e Hispanoamérica hasta entrado el siglo XX, a través de géneros como la zarzuela y el drama.

Incluso se manifestaba polémicamente frente a otro tema complejo: la guerra contra España que Chile, Perú y Ecuador habían librado entre 1860 y 1861, ante un intento de reconquista que devino simple corzo y saqueo de parte de la antes “madre patria”. Uno de los momentos más dramáticos y culminantes de esta conflagración fue el bombardeo a Valparaíso por la flota española; la misma ciudad que vio nacer a nuestro escritor y a la que le dedicara buena parte de su vida creativa. Ante tal

antecedente, su simpatía por España había provocado que un periodista porteño lo tildara de antichileno, a lo cual Edwards contestó:

Es que no supo ver ese articulista mi actitud de hombre herido, ante un pasado de hispanidad amenazado de pérdida, y que es aún todo lo más respetable que poseemos. En suma lo que él juzgó de antichilenidad, es lo que, precisamente podría exhibir de más chileno. Atacar a España sería en la actualidad tan contraproducente como pretender destruir a nuestras propias raíces³⁴.

Pero no paraban allí los elogios a la herencia española y, directa o indirectamente, el rechazo a la cultura “propiamente latinoamericana”, hecha de mestizaje e indianidad:

Hay, además en España, un sentimiento democrático, no político, sino natural; más bien dicho un sentimiento humanizante que nos hace experimentar la alegría de vivir y de poder ser o colaborar en cualquier terreno, de igual a igual, en un ambiente fraterno, así sea en el café de la Plaza de la Cebada, en Fornos, en el Colonial o en el Varela³⁵.

Algunos artículos de *El nacionalismo* son más bien un análisis del costumbrismo español comparado con el chileno, destinados a “probar que carecemos del sentido del dinero, del matrimonio y de la propiedad, como en Europa”³⁶. Otros están, directa o indirectamente, destinados a analizar a la generación de 1898 y su distancia de la cultura popular española, su excesivo academicismo y su patético aislamiento³⁷. En otros se valía de su experiencia de periodista para dotarse de la autoridad empírica que le confería esa profesión, en cuanto a conocimiento directo de la

³⁴ Edwards Bello, “Elogio de la tienda española,” p. 96.

³⁵ Edwards Bello, “Dos de mayo,” p. 103.

³⁶ Edwards Bello, “La Fuente de la Teja”, p. 112. Esta tesis resulta abiertamente contrastante con la de su pariente cercano, el historiador Alberto Edwards Vives, quien, acerca de la elite criolla, sostenía lo siguiente para el momento de la Independencia: “... ya entonces existían en Chile elementos capaces de formar una sociedad organizada. Efectivamente, la civilización española, por incompleta que pueda parecernos, llevaba en sí el germen de todo lo que constituye un pueblo regularmente constituido: propiedad, familia, leyes de unión, sentimiento de orden y tradiciones de gobierno”. Edwards Vives, *Bosquejo histórico*.

³⁷ Edwards Bello, “Impresiones sobre literatos españoles,” pp. 118-119.

sociedad chilena, para explicar su concepción y su credo del patriotismo. Al respecto, sostenía no creer en el patriotismo de los comerciantes recién llegados a Chile y del judío que emigró con una balanza y un letrero donde dice: “se compra oro”. Por el contrario,

A todos ellos prefiero un hidalgo escéptico y cansado, de pura cepa criolla y que, a veces, sin los miedos del meteco recién llegado, se atreve a zarandear a la patria [...]. Tengo derecho a ser patriota a través de ellos, buscando la salud de esta patria, que llevo dentro de la sangre en cien cruces, la patria continental³⁸.

En cuanto a los valores, nuestro escritor era bastante más conservador que la imagen que se suele dar de él. Valoraba la familia, rechazaba el divorcio y sobrevaloraba la castidad en la mujer y la monogamia, aspectos que contrastaban enormemente con su afición a la cultura prostibularia³⁹. Por ello, refutaba los valores culturales de la sociedad anglosajona o valoraba el papel de la servidumbre en el servicio doméstico: “En la manera de hacer una cama o amasar el pan puede haber más promesa de cultura y humanidad que en las fábricas de Ford,” sostenía.

En torno a su ideal político para el continente planteaba la unidad continental. Y aquí introducía un concepto que resulta un tanto extraño para los valores marcadamente hispanófilos que sostenía:

Cuando el continente iberoamericano, o indomediterráneo, sea un solo país, cuando hayamos imitado de los yanquis la unión, que es su mayor virtud nacional, entonces valdremos bastante más que ellos, a causa de la santidad de nuestras raíces, a causa del espiritualismo hispano⁴⁰.

Aquí debemos notar dos cosas. Primero, que Edwards, al igual que muchos intelectuales de la época, no usa un solo concepto para referirse al con-

³⁸ Edwards Bello, “Crueldad, sadismo y selección,” pp. 127-128.

³⁹ Las opiniones de Edwards Bello hacia la mujer son a menudo contradictorias. Él mismo le había confesado a su amigo peruano, Luis Alberto Sánchez, en un recorrido para conocer la cocina popular chilena, comiendo empanadas y tomando chicha en un prostíbulo, que: “en este país los únicos hombres son las mujeres, son las únicas capaces de matar... El chileno parece fuerte, pero es de una timidez espantosa. Nosotros somos un país de indios blancos, aunque nos faltan los de color de cobre...”, Sánchez, *Visto y vivido*, p. 25.

⁴⁰ Edwards Bello, “Crueldad, sadismo y selección,” pp. 130.

tinente, sino que vacila entre varios. Además, introduce uno hasta entonces desconocido: “indomediterráneo,” para tender un puente entre la Europa latina, que lo representa y seduce culturalmente, y nuestro hemisferio.

Respeto de su credo político, tal vez el más polémico de sus artículos sea uno de los últimos de esta segunda parte. Polémico, pues apuesta por las fuerzas que estaban presentes en ese momento de la política chilena, pero asume que no perdurarán el aprismo que traían los exiliados peruanos del régimen de Sánchez Cerro, la Milicia Republicana, el “brazo armado” civil contra el militarismo que manejaba el entonces presidente de la República, el liberal Arturo Alessandri Palma; y el nacismo criollo. Para nuestro escritor, la Milicia Republicana era:

Un cuerpo de civiles armados, la mayoría jóvenes de clase alta, subvencionados por capitalistas y por el Gobierno sedicente constitucional, con el objeto de “impedir revueltas del ejército o ‘tomas’ de la Moneda”. Este movimiento es acéfalo, carece de etiquetas pintorescas o llamativas y se define simplemente en el deseo de que no se repitan revueltas tan vergonzosas como la de Talcahuano o tan peligrosas como la de Dávila⁴¹.

Para nuestro escritor, la impopularidad de este grupo “apolítico” residía en el origen de clase de la mayoría de sus miembros, muy poco popular en tiempos de “populachería” como los de entonces. Ahora su impulso inicial se había apagado.

El nacismo local, pese a que tenía ideales, buenas intenciones y entusiasmo, era un experimento inadaptable a la tierra chilena:

Su carácter de imitación deshace básicamente el ideal de chilenidad, que, en Alemania, es netamente nacionalista. El serlo allá destruye por lógica la posibilidad de serlo aquí. Además, creemos difícil, por experiencia de la psicología de las masas, que un régimen en la etapa de éxito, o triunfo, en otra tierra, pueda triunfar aquí, sin pasar por las etapas invariables y necesarias a que los verdaderos caudillos llevan a su partido⁴².

⁴¹ Edwards Bello, “Milicia republicana, nacismo y aprismo”, pp. 145-146. Edwards Bello se refiere en esta parte a las revueltas periódicas acontecidas en la breve etapa de inestabilidad política (1931-1932), posterior a la “dictadura de Ibáñez (1927-1931), en que se sucedieron varios golpes de Estado incruentos y el intento de fundar una “República socialista”. Sobre la milicia, véase Valdivia, *Las milicias republicanas*.

⁴² Edwards Bello, “Milicia republicana, nacismo y aprismo,” p. 147.

A su entender, el fascismo y el nacismo no se podían implantar de golpe en América, faltaba, en sus propias palabras, el “sacrificio del héroe”, lo épico de la lucha y las inevitables mistificaciones teatrales que habían caracterizado a Hitler y Mussolini. Nótese que no rechazaba los aspectos antidemocráticos de estas opciones políticas, ni siquiera de la Milicia, solo se pronunciaba opinando por la poca factibilidad que tenían como recetas para aplicarlas en Chile. Por ello solo la chilenuidad, la americanidad, el “nequismo”, eran recetas posibles de aplicar:

La necesidad de un ideal, de un partido de jóvenes es inevitable [...]. La carencia de un caudillo aterró nuestros planes desde 1927. Si lográramos juntar en gavilla las voluntades de milicianos, nacistas, trabajadores intelectuales y manuales bajo una cabeza tan bien organizada como lo es la de Haya de la Torre en Perú, entonces podríamos creer en la salvación⁴³.

Para nuestro autor, Haya era el “mayor caudillo iberoamericano continentalista”. Esto porque el APRA avanzaba no con bandera peruana sino continental. Si Paraguay y Bolivia fueran apristas en ese momento, sostenía Edwards, la Guerra del Chaco no se hubiese producido. Lo mismo acontecería con los conflictos entre Chile y Argentina. En 1925, un conflicto entre Perú y Chile lo había resuelto el caudillo Ibáñez por las opiniones que le dieron en ese entonces los “pichones del aprismo”, chilenos como Gabriela Mistral, Paulino Alfonso y Vicuña Fuentes. Además, reproducía los cinco puntos del programa mínimo diseñado por Haya para la revolución continental⁴⁴.

Para Edwards los llamados a cumplir con este proyecto político continental eran los jóvenes, una idea bastante común en la América Latina de entonces⁴⁵. Eran éstos, los que no tenían intereses económicos, quienes debían converger en la base social del proyecto “hayista”: la formación de un “frente de trabajadores manuales e intelectuales”.

⁴³ Edwards Bello, “Milicia republicana, naciismo y aprismo,” p. 148.

⁴⁴ Los cinco puntos del APRA eran: 1.- Acción contra el imperialismo yanqui; 2.- Por la unidad política de América Ibérica; 3.- Por la nacionalización de tierras e industrias; 4.- Por la internacionalización del Canal de Panamá, y 5.- Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos. Edwards Bello, “Milicia republicana,” p. 149.

⁴⁵ Hemos trabajado esta idea de la supremacía de la juventud en los proyectos políticos durante el siglo xx, en Moraga Valle, “Ser joven y no ser revolucionario”.

El penúltimo ensayo de Edwards Bello, “Escritores, césares y criollos”, es un texto en el que, por una parte, hace su profesión de fe y, por el otro, un balance entre el intelectual y el político que en su ser se debatían:

Actualmente, detesto la idea de volverme todo espíritu o sombra de mí mismo; creo, con Giordano Bruno, que cuerpo y espíritu son la misma cosa y quisiera hacer el maridaje de ambas fuerzas respetando, en primer lugar, la materia, de la cual el alma es el flúido [sic]. Por este mismo orden de ideas, aliento la certeza de que nuestro espíritu inmortal no se marcha al otro mundo (al cielo) solamente en el instante de la muerte si no en cada segundo, en cada día. Desde luego, en el momento de morir es cuando menos cantidad de alma podemos entregar⁴⁶.

Desde luego, las ideas tanto de Dios como de la religión que sustentaba eran las de su espíritu *outsider*, como lo eran las de la vida. Concebía al hombre, en tanto animal político, como un aventurero que inventaba pretextos, de entre los cuales se distinguían la política y el amor. Es ésta una concepción heroica de la vida —que más adelante se encargará de aclarar en sus fuentes—, este impulso por la aventura hacía que sólo resplandecieran algunos y los otros se transformaran en simples bandidos o gánsters: remedos de héroes, oscuros, taciturnos, solitarios.

En estas condiciones, la literatura, por sí sola, cuando se convierte en manía, sin encarnar esperanzas de acción y deseo de poder, es un medio apocado y cobarde. Cuando no prepara acción directa ni es trasunto de vida, se ofrece como el sacrificio morboso de sus oficiantes⁴⁷.

Para nuestro escritor eran tiempos de decadencia. No era casual esta visión del mundo que estaba unida a su conservadurismo político y, pese a sus poses, al aristocratismo proveniente de su cuna. Su visión fue alimentada por lecturas de los principales historiadores y filósofos que se adscribían a ese pensamiento: Spengler, Spencer y Maurras, que hablaban del hombre como un animal de presa. Esta concepción del hombre era la que caracterizaba a los líderes de la época, como Lenin, Mussolini y Hitler. Edwards Bello resaltaba en ellos una característica básica que los unía: su

⁴⁶ Edwards Bello, “Escritores césares y caudillos”, p. 152.

⁴⁷ Edwards Bello, “Escritores césares y caudillos”, pp. 154-155.

carisma y su facilidad para alabar a las masas populares. Sin embargo, si esta táctica no era abandonada a tiempo, se podía fracasar en los proyectos políticos; el trampolín era siempre la demagogia, la mentira y la promesa. Por ello, los nacistas chilenos estaban destinados al fracaso si imitaban a los partidos europeos triunfantes.

Edwards consideraba al APRA muy cercano a los nacistas chilenos, fundamentalmente por su concepción de un nuevo Estado, pero a éstos les faltaba un elemento central: el líder carismático, dotado de ese “ángel” que le granjeaba una simpatía natural hacia sus seguidores. Esto, a contrapelo de las opiniones generales que relacionaban más al partido de Haya con el Partido Socialista de Chile de reciente formación⁴⁸.

Las razones de su admiración hacia Haya o por lo que él concebía como un elemento que los unía, era que consideraba al peruano más escritor que político:

Haya de la Torre, el escritor que escalará el poder en Perú, y cuyo nombre tiene ya rúbricas de sangre, integra el talento de no imitar a ningún partido. Su trampolín social es el trágico indigenismo, o la peruanización del Perú; ideas que prometen arrasar la mafia de explotadores. El indigenismo, tal como lo ha planteado, podría ser una dosis de vulgaridad susceptible de enmiendas en la hora triunfal. Por cuanto no se trata de ser más indígenas, sino de hispanizar a los indios en el sentido clásico y humano⁴⁹.

Hay dos elementos muy importantes que Edwards percibe en el indoamericanismo hayista que lo liga con sus fuentes. Primero, la fuerte —y ahora más explícita— ligazón con el pensamiento mariateguiano: peruanizar el Perú como una propuesta de construir una nación desde el punto de vista cultural. Segundo, las raíces vasconcelistas del pensamiento de Haya

⁴⁸ Aunque semejantes a los nacistas en algunos elementos, los apristas peruanos mantuvieron relaciones más fuertes con los socialistas chilenos, muchas más personales que políticas. Los exiliados apristas peruanos en Chile (el país con mayor cantidad de peruanos exiliados en la década de 1930, según Ricardo Melgar) parecen haber sido muy pragmáticos, al momento de sus alianzas políticas, es un hecho que el las propuestas del APRA lo ubicaron entre estos dos partidos en el cuadro político chileno. Aunque el estado de la investigación en estos aspectos es aún inicial para tener conclusiones definitivas. Hemos analizado la relación de los socialistas chilenos y los apristas en: Moraga Valle, “¿Un partido indoamericanista?”

⁴⁹ Edwards Bello, “Escritores césares y caudillos,” p. 157.

y del aprismo en general. Nos referimos a ese proyecto “humanizador” de Vasconcelos frente a la Secretaría de Educación de México que pretendía enseñar al indígena y al campesino mexicano, mediante la lectura de libros clásicos que se repartían en las “misiones culturales”, y cuyo puente (entre Vasconcelos y Edwards Bello) era la amiga mutua Gabriela Mistral.

Pero lo que más atraía a Edwards Bello de la personalidad de Haya era su capacidad como dirigente populista; tenía, escribió, “el perfil aguileño y la mandíbula del conductor de hombres” que hacía que las masas prorrumpieran en “aclamaciones torrenciales” y “éxtasis colectivos”, acontecimientos que no se presentaban en Chile con ningún personaje. Como ya hemos visto, reconocía en el líder no a un político, sino a un escritor que él mismo quisiera haber imitado y seguido en un camino similar, sin dejar que sus ideas originales fueran imitadas y vendidas por los “gángsters de la política”. Sus palabras dejaban ver un inconformismo consigo mismo y su carrera, así como un miedo a no pasar a la posteridad como un escritor reconocido (esto hasta antes de recibir los dos premios nacionales con los que fue galardonado y que le posibilitaron una pensión decente para su vejez). Así, el haber iniciado una carrera política, aunque modesta, le hubiera granjeado algún provecho material; la historia demostraba cómo los escritores habían sido barridos o fagocitados por los políticos: Nitti o Giolitti habían sido triturados por Mussolini, el mismo Vasconcelos por Calles. “El idealismo sin garras no lleva siquiera al ideal, y más vale conocer la brutalidad humana y aprovecharla[...]. El arte por el arte es entretenimiento de los feminoides”, sentenciaba.

En seguida, comparaba a los escritores latinoamericanos y chilenos (indirectamente a él mismo) con los grandes novelistas y poetas europeos del momento: Tomas Mann, Marcel Proust, D. H. Lawrence o Aldous Huxley. Todos escritores contemporáneos, pero disímiles, que iban de la marginalidad al homosexualismo; demócratas, utópicos o anarquistas; sin embargo, en sus obras tenían un elemento en común, reflexionaban en torno a las consecuencias de la industrialización y la modernización occidental.

En este balance, cargado de cierto racismo, el medio literario chileno estaba perdido, los escritores locales estaban condenados por la ciencia europea que planteaba la “irritación del mestizaje”, por la cual los tipos criollo y el colonial estaban incapacitados para la creación. Edwards Bello sostenía que sólo Alonso de Ercilla, autor del poema épico *La Araucana* (s. xvi), y Vicente Pérez Rosales habían sido grandes escritores. El latinoame-

ricano era incapaz de igualar la creatividad de Proust, Spengler o Keyserling. En estas líneas, nuestro escritor no dejaba de expresar un cierto in-conformismo consigo mismo, un malestar a esas alturas de su vida como escritor y periodista, por no haber sido “hombre de acción”. Algunos de estos juicios se cuelan en ciertas frases lapidarias, como: “Si fuera librero y editor, alzaría gozosa hoguera con la tercera parte de mis libros”⁵⁰.

La idea anterior respondía al conocimiento que Edward tenía sobre muchos grandes líderes, incluso contemporáneos, que habían iniciado su vida pública como escritores: Napoleón, Fouché, Robespierre, Disraeli e incluso Mussolini. Todos habían abandonado a tiempo el “terreno de las iniciativas platónicas” para tomar en sus manos “realizaciones prácticas”. No obstante, este origen hacía que la política corriera permanentemente el riesgo de “aliteratarse” (un neologismo que inventó para denotar el “enviciarse de literatura”) y dejar las realizaciones prácticas para abandonarse a los instintos primigenios de “sus propulsores, o ideólogos, [que] son incapaces de llevar el manejo a causa de su estilo soberbio, de minorías, y a una falsa dignidad que les impide comunicarse con el vulgo”. Tal concepción atravesaba espacialmente a la generación de 1898, a Vasconcelos y a los mediocres que lo suplantaron. Pero, para Edwards, la mayoría de los “directores del mundo” eran semi-escritores: Clemenceau, Barthou, Poincaré, Lenin, Mussolini, Hitler, Trotski, Azaña, Alcalá Zamora, Lloyd George. De todos, no ocultaba su admiración por el *Duce*.

En consecuencia, ¿qué le quedaba a los escritores latinoamericanos para destacarse e influir en sus sociedades? La respuesta parece ser seguir la estela de los peruanos, que habían destacado por seguir el llamado a la “consciencia civil” que había hecho el APRA:

¿Por qué no aspirar a la función social directa? No somos ciegos para no haber sorprendido el secreto de la popularidad de algunos burócratas, consistente en el prestigio que despiertan en esta vida social de apariencias por su solo títulos, el que les otorga el derecho de reclamar como nuevas aquellas ideas que convienen a su acomodo circunstancial⁵¹.

Como puede verse, los motivos iniciales de Edwards Bello para que los intelectuales o, mejor dicho, los escritores participen en política son

⁵⁰ Edwards Bello, “Escritores césares y caudillos,” p. 157.

⁵¹ Edwards Bello, “Escritores césares y caudillos,” p. 168.

más concretos que el ideal de la “república de los sabios”, que caracterizó al arielismo de principios de siglo. Hay en nuestro escritor un ideario más pragmático (sin dejar de ser aristocratizante), más desencantado del mundo, una cierta motivación iniciada sólo en la supervivencia, un llamado a sus pares a no inhibirse en el momento de la acción, si no, “los Vasconcelos serán invariablemente derrotados por los Calles”.

El último artículo de *El nacionalismo continental*, “Quintralismo y carrerismo”, alude a dos tipos de personajes típicamente chilenos y que están inscritos en la leyenda social: Catalina de los Ríos y Lisperguer, “la Quintrala”, y José Miguel Carrera. La primera, una rica hacendada del siglo xvii, cruel y sádica, se caracterizaba por eliminar a sus amantes entre muchos otros excesos que le permitía su posición social. El segundo, caudillo militar liberal y uno de los independentistas más radicales, se caracterizó por su personalismo y por atacar duramente a los sectores más conservadores de la sociedad chilena que vacilaban entre apoyar al rey de España o a los independentistas chilenos. Pero, en el tiempo que se mantuvo en el poder, Carrera fundó instituciones modernas como el Instituto Nacional, la Biblioteca Nacional y *La Aurora de Chile*, el primer periódico de ese país.

En estas páginas, Edwards se dedica a defender la obra del “bisabuelo de piedra”, del constitucionalista Juan Egaña y la de otros personajes conservadores de menor rango como el polémico ministro Diego Portales. En el juicio a este último está siguiendo, por supuesto, a su pariente Alberto Edwards, quien dedicó su obra más conocida a hacer un panegírico del ministro más represor del siglo xix. El origen de esta filiación está en la defensa que el ministro había hecho de Andrés Bello, como escritor y creador de una obra científica y cultural influyente y por su habilidad para ejercer el poder intelectual sin que los que detentaban el político se sintieran menoscabados:

Bello logró dominar en su época al quintralismo, la crueldad social, y al carrerismo, esto es, a los caudillos para quienes el país constituye su latifundio y que lo aman a condición de ser amos autocráticos, o ansían su ruina si otro amo se les sobrepone. Solamente hombres coloniales, médicos expertos en males de mestizaje, pudieron ser capaces de vencer las dos fiebres iberoamericanas: quintralismo y carrerismo⁵².

⁵² Edwards Bello, “Quintralismo y carrerismo”, p. 179.

Nuevamente, aparece el Edwards Bello conservador y admirador de la Colonia. Su valoración de los personajes más relevantes del siglo XIX sólo considera a los intelectuales y políticos adscritos a esa corriente, en la que incluye a algunos presidentes como Manuel Bulnes (1840-1850) y Manuel Montt (1850-1860). Además, sus juicios acerca del mestizaje lo ponen en contra de las interpretaciones más progresistas de la época, que valoraban la mezcla racial como algo propiamente continental⁵³. De la misma manera, su juicio negativo de personajes como José Miguel Carrera o la omisión de otros políticos e intelectuales liberales, lo ubica indiscutiblemente en el bando conservador que remata con la siguiente sentencia:

Resurrección y conservación del tipo colonial, fuste y piedra angulas de nuestra existencia, se imponen. Sólo así se robustecerá al pueblo, no por vías legales, cual pretende la caridad feminoide, sino por el rigor: la limpieza; el salario, compartido con la esposa; la obligación hacia el hijo; le extirpación del alimento alcohólico; la vestimenta decente impuesta. En lo misterioso y subconsciente no hay un chileno saludable que no ansíe conservar ese fuste colonial o riqueza fisiológica, heredada de lo mejor de España⁵⁴.

Ello lo ejemplificaba con la ciudad de Talca, famosa por su conservadurismo cultural y la separación de clases sociales que practicaba su elite, los que explicaba como “formas destinadas a perpetuar el tipo biológico superior”. Así como valoraba la división de clases, sostenía que el objeto de las revoluciones era el nacimiento de un nuevo ideal o fe; en esto igualaba a Mussolini, Lenin, Hitler y Haya de la Torre.

En la misma línea, terminaba este último artículo queriendo rescatar los productos de la cultura chilena: “Frutos del árbol chileno son el roto, el pije, el ejército, el nacismo, el socialismo, la milicia, el pechoñismo, el deporte, la prostitución. ¿No sería mejor pasear una mirada comprensiva y de conjunto sobre ese mar de valores?”⁵⁵

⁵³ Autores como Eduardo Devés han acuñado el concepto de “mestizofilia” para referirse a ese “pensamiento latinoamericano”, que valora la mezcla de las razas española e indígena como algo propio latinoamericano y el elemento que le da sustento a su particularidad continental. Devés, *El pensamiento latinoamericano*, pp. 109-129.

⁵⁴ Edwards Bello, “Quintralismo y carrerismo”, pág. 179.

⁵⁵ Edwards Bello, “Quintralismo y carrerismo”, p. 182. “Pechoño”, chilenismo que alude a las costumbres conservadoras y católicas de la elite chilena.

De nueva cuenta, lo polémico quizá no lo constituye lo que cita, sino cómo construye los conjuntos y las valoraciones que hace de sus elementos. Poner al nacismo chileno y al socialismo no era algo extraño en la época en que en el socialismo chileno no habían ganado la hegemonía sus corrientes fundamentales ligadas al marxismo; pero ordenar en un mismo nivel nacismo, socialismo, ejército y milicias era juntar elementos disímiles y hasta confrontados. Lo mismo ocurre al valorar la prostitución como “propia de los países espirituales, prósperos y de garra”; estas palabras estaban reñidas con su propio afán moralizador.

CONCLUSIONES

Hemos analizado la obra de uno de los escritores más polémicos y rechazados de Chile. *El nacionalismo continental*, al contrario de su obra literaria, parece no haber tenido la amabilidad de ser considerado por la crítica o la intelectualidad de la época. La posición política, social y cultural desde la que escribe es la de un auténtico hombre fuera del sistema, un francotirador que dispara desde la soledad y que defiende, con desparpajo, su punto de vista hasta el final. Polémico, ecléctico, lejos de las heterodoxias de cualquier tipo, tanto *El nacionalismo continental* como su autor, interpelan los lugares comunes de la cultura chilena con una mirada oblicua y distinta.

Al contrario de otros miembros de su ilustre clan, Joaquín Edwards Bello rechazó la herencia cultural anglosajona y rescató la española. Reinterpretó la egregia figura de su “bisabuelo de piedra” y su defensa de la herencia cultural hispana a través de la lengua, de la que asumió, incluso, sus consecuencias políticas. Es más, *El nacionalismo continental* puede ser leído como la continuación —en la primera parte del siglo xx— de la propuesta cultural y política de su ilustre antecesor, que estableció un puente entre el pasado medieval hispano y el deber ser de la cultura hispanoamericana del siglo xix, frente a la Independencia y a la formación de las nuevas repúblicas. Por ello, es que no se puede entender esta obra de Joaquín Edwards Bello, sin tener una idea general de la obra de Andrés Bello en esta parte tan polémica: las opciones políticas del ilustre intelectual decimonónico.

Su propuesta de un nacionalismo continental descansaba fundamentalmente en el arte y la cultura, pero no negaba lo comercial y económico.

Una suerte de rareza en el mundo excesivamente “humanista” y “espiritualista” del medio intelectual latinoamericano, acostumbrado a los mensajes rodonianos. De todos modos, Edwards Bello tampoco niega estos elementos. Lo que hace es invertir la mirada desde donde aborda esos temas tan presentes en la literatura y el ensayo latinoamericano de la época.

Por ese mismo eclecticismo y esa heterodoxia, es que este trabajo fue admirado o rescatado por personajes como Gabriela Mistral, otra desterrada del medio intelectual chileno, en constante conflicto con el *stablishment* académico y la cultural local. Mistral, de una compleja evolución intelectual, fue desde una cercana adscripción a las ideas “racialistas” de Vasconcelos y su heredero político, Víctor Raúl Haya de la Torre, hasta partícipe del indianismo de ambos. Edwards Bello, en cambio, se adscribió más a la última etapa del vasconcelismo, aquella de un hispanismo aristocratizante y neoconservador, admirador de fórmulas políticas autoritarias como el nazismo y el fascismo. Nuestro escritor se inscribe en esta corriente en un momento en que no había estallado la Guerra Civil española ni la primera Guerra Mundial, por lo tanto, estas expresiones políticas no desplegaban totalmente todo su potencial autoritario, bélico y genocida. Tampoco el Movimiento Nacional Socialista (MNS) local se había comprometido en un golpe de Estado como lo haría cuatro años después de la publicación de *El nacionalismo continental*, en 1938, aventura política que significó su desarticulación como movimiento y su desaparición de la escena política chilena.

Pero no podemos concluir, para ser fieles al lado polémico de nuestro autor, que *El nacionalismo continental* sea una obra latinoamericanista. Es una obra imperialista, que da vuelta o cambia el signo del imperialismo económico y militar de los países anglosajones, por un imperialismo cultural latinoamericano, pero donde el liderazgo chileno debía ocupar un papel central. Chile es, directa o indirectamente, en cada uno de los artículos que componen este ensayo, el motivo central de sus preocupaciones. El de Edwards Bello es un antiimperialismo nacionalista que se torna imperialismo cultural hispanista y neoconservador.

En el momento de elegir, cultural y políticamente, nuestro escritor se inclina por una América hispana, aunque a lo largo de su análisis vacila entre diversos conceptos como *Íbero*, *Latino* o *Hispanoamérica*. No obstante, Edwards Bello no acepta la “indianidad” que tanto atraía a Mistral y Haya y cuando lo hace, no sin antes demostrarse furibundo civilizador, inventa un neologismo: “indomediterránea”. Así, el hilo central, por el

cual discurre este ensayo es el rescate del significado de la nación chilena inmersa en el problema de resolver la herencia cultural hispana, tanto para la propia y pequeña nación como para la nación continental.

Todas estas concepciones y opciones políticas hicieron de nuestro escritor una *rara avis* en un mundo donde la gran mayoría de los escritores participaron de la política formal y muchos, especialmente los más conocidos, desde la trinchera del antifascismo. Las apuestas políticas, tan lejanas al marcado clasismo e ideologismo del sistema de partidos políticos chileno, que se construía precisamente en el momento en que Edwards escribe *El nacionalismo*, hicieron que este libro pasara desapercibido durante tantos años. En definitiva, *El nacionalismo continental* es una obra olvidada por su heterodoxia interpretativa, la polémica actitud de su autor o su eclecticismo cultural, histórico y político.

PREMIOS Y OBRAS DE JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Premios

Premio Atenea de la Universidad de Concepción (1932).

Premio Marcial Martínez (1934).

Premio Nacional de Literatura (1943).

Premio Nacional de Periodismo (1959).

Condecoración “Hijo Ilustre de Valparaíso” (1958).

Obras

El inútil (Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1911).

El monstruo: novela de costumbres chilenas (Imprenta La Ilustración).

El roto (Santiago, Editorial Chilena, 1920).

La muerte de Vanderbilt (Cóndor, 1922).

Crónicas (Santiago, Zig-Zag, 1924).

El nacionalismo continental (Madrid, Imp. G. Hernández y Galo Sáez, 1925; ampliada con 2ª y 3ª partes, Santiago, Ediciones Ercilla, 1935).

El chileno en Madrid (Santiago, Nascimento, 1928).

Cap Polonio (La novela nueva, 1929).

Valparaíso, la ciudad del viento (Santiago, Nascimento, 1931).

Criollos en París (Santiago, Nascimento, 1933).

La chica del Crillón (Santiago, Ercilla, 1935).

BIBLIOGRAFÍA

Cavieres, Eduardo

Comercio chileno y comerciantes ingleses, 1820-1880. Un ciclo de historia económica, Santiago, Universitaria, 1999.

Cerda, Martín

“Valparaíso a la vista”, en *Valparaíso, ciudad del viento*, Valparaíso, Editorial Universitaria, 1989.

Devés, Eduardo

El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernidad y la identidad, tomo 1 “Del Ariel de Rodó a la CEPAL, (1900-1950)”, Buenos Aires, Editorial Biblos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1999.

Edwards Bello, Joaquín

Don Eliodoro Yáñez, La Nación y otros ensayos: los hombres novelables, Santiago, Ercilla, 1934.

—, “América vasalla”, en Edwards Bello, 1935.

—, “¿Es el norteamericano superior al iberoamericano?”, en Edwards Bello, 1935.

—, “Mensaje de Haya de la Torre a Joaquín Edwards Bello”, Londres 23 de mayo de 1926, en Edwards Bello, 1935.

—, *El nacionalismo continental*, Santiago, Ercilla, 1935.

—, “Qué piensan de nosotros en Europa”, en Edwards Bello, 1935.

—, “1800-1834”, en Edwards Bello, 1935.

—, “Alberto Edwards, la imaginación y este gran pueblo en medio de todo”, en Edwards Bello, 1943.

—, *La Nación*, Santiago, Marzo de 1943.

—, “Encina: historiador estratega, *La Patria*, Santiago, 31 de enero de 1974.

Edwards Vives, Alberto

Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos, Santiago, 1903.

Edwards, Jorge

El inútil de la familia, Santiago, Ed. Sudamericana, 2004.

Jaksic, Iván

Andrés Bello, la pasión por el orden, Santiago, Universitaria, 2001.

Lennon Zaninovi, Maureen

“El revival de Joaquín Edwards Bello”, (reseña de *El inútil de la familia*, de Jorge Edwards), *El Mercurio*, Santiago, domingo 14 de noviembre de 2004.

Mariategui, José Carlos

“Aniversario y balance”, en *Ideología y política. Mariategui total*, Vol. 1, Lima, Empresa Editora Amauta. 1994.

Mistral, Gabriela

“Prólogo”, en Edwards Bello, *El nacionalismo continental*, Santiago, Ercilla, 1935.

Moraga Valle, Fabio

Ciencia, Historia y razón política. El positivismo en Chile, (tesis de doctorado), México, El Colegio de México, 2006.

—, “Ser joven y no ser revolucionario. La juventud y el movimiento estudiantil durante la Unidad Popular”, en Zapata, 2006.

—, “*Muchachos casi silvestres*”. *La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*, Santiago, Universidad de Chile, 2007.

—, “Alberto Edwards Vives y *La Fronda Aristocrática en Chile*. Nacionalismo, vitalismo y decadentismo en la historiografía chilena”, en Weinberg, 2009.

—, “¿Un partido indoamericanista en Chile? La nueva acción pública y el partido aprista peruano 1931-1933”, ponencia presentada en el 53 Congreso de Americanistas, México, julio de 2009.

Sánchez, Luis Alberto

Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena, 1930-1970, Lima, Editoriales Unidas, 1975.

Valdivia, Verónica

Las milicias republicanas, los civiles en armas, Santiago, DIBAM, 1993.

Weinberg, Liliana (comp.)

Estrategias del pensar: ensayo y prosa de ideas en América Latina, siglo XX, México, CCYDEL-UNAM, 2009.

Zapata, Francisco (comp.)

Frágiles suturas. Chile a 30 años del gobierno de Salvador Allende, México, El Colegio de México, 2006.